

CARVALHO Y YO



por Manuel
Vázquez Montalbán

CUANDO vean a un hombre, por lo general cuarentón, cerrar los ojillos y apuntar el hociquillo, como si fuera a empezar a cantar, adelantar una pierna, arquear el cuerpo, contener con los brazos el impulso de saltar como un chinche y todos estos esfuerzos musculares se producen en la calle y en la coincidencia del paso de una mujer, no hay duda, están ustedes en presencia de un cazador verbal, mezcla de tocón visual y poeta lírico japonés. Un piropeador. España siempre ha estado orgullosa de sus piropeadores. Vamos, se le ha atribuido el estar muy orgullosa de sus piropeadores, aunque yo no he hablado nunca con esa señora. Para poder hablar en el nombre de España supongo yo que primero hay que entrar en comunicación con ella, aunque sea una vez en la Historia, como ocurre con los Papas de Roma que de vez en cuando entran en comunicación con Dios y así saben lo que piensa.

ENTRE mis amistades no hay nadie que haya podido hablar con España y por lo tanto carezco de testimonios directos de que sea cierto el entusiasmo de la dama por sus hijos piropeadores. A mí los piropeadores me producen una sensación de vergüenza ajena, siento la vergüenza que ellos no sienten por hacer el gilipoyas. Los piropeadores más teóricos sostienen que a las mujeres les gusta el piropo. Yo he hecho mis averiguaciones y he llegado a la conclusión de que no se puede generalizar. Depende del nivel de narcisismo de las señoras y de su grado de conciencia sobre el papel desigual que le toca en la correlación de sexos. Según estadísticas que nadie ha hecho pero que yo presupongo, a las mujeres les molesta cada vez más el ser asaltadas, aunque sea verbalmente, en plena calle, lo que las convierte en caza permanente. Las hay que distinguen entre el piropo soez y el piropo lírico. Por ejemplo:

Piropo soez: Niña, abre el horno que te meto este boniato.

Piropo lírico: Niña, eres la primera flor de la primavera.

Habría que añadir variantes. Por ejemplo:

Piropo caníbal: Estás más buena que un bocadillo de calamares.

Piropo sobón: Si me dar las bragas te compro unas nuevas.

Piropo entusiasta: ¡Guapa! ¡Guapa! ¡Gua-



¡Tía buena! ¡tía buena! ¡tía buena!

pa!, o bien: ¡Tía buena! ¡Tía buena! ¡Tía buena!

Aveces el cazador visual se parece a ese siniestro cazador de pájaros, armado con un telescopio de Monte Palomar frente a una avecilla que sólo tiene ganas de volar y vivir. Su corpachón agresivo sale al encuentro del cuerpo grácil que acelera la marcha para que las palabras no la alcancen, porque las palabras son una agresión.

—¿Es partidario del piropo, Carvalho?

—No. No he pronunciado un piropo en mi vida.

—¿Ni siquiera a corta distancia? Es decir, cuando uno está con una señora y sube la temperatura, y sube, y sube, y de pronto hay que expresar un cierto entusiasmo.

—Me parece tan grotesco decir en esa circunstancia "Qué buena estás" como decir "Eres tan inteligente que te dejo acostarte conmigo". De todos modos y valga como principio, el piropo a corta distancia no es un piropo. El piropo es un acto exhibicionista que requiere la calle y, en general, testigos. No me molesta moralmente, ni ideológicamente, es decir, no soy un moralista, ni un feminista. Me molesta estéticamente. Por lo general el piropeador parece un vendedor de picha con poca

confianza en la propia mercancía.

—La práctica del piropo se pierde y algunos constatan este hecho con cierta nostalgia. Ahora quedan viejos retóricos entre las ruinas de su concupiscencia y retorcidos manteles que balbucean más salivas que palabras. También los hay que pasan del tacto verbal al tacto real. Cuando yo era adolescente circuló por mi barrio un piropeador agresivo que se acercaba a las señoras, las pellizcaba al culo y luego decía, con mucha rapidez y al mismo tiempo vocalizando muy bien, es decir, el anti-Fraga, pues decía aquel gran pellizcador: "Y ahora dime que no te ha gustao". Las mujeres estaban indignadas ante aquel Jack el Pellizcador.

TAL vez los piropeadores sean más sinceros que nosotros. La relación entre los sexos se basa en la caza o en la reproducción. No ha aparecido una tercera cultura de la relación intersexual que vaya más de minorías sensibles y superconcienciadas. Tal vez el piropeador sea

un desinhibido que dice en voz alta lo que los otros reprimidos. Por ejemplo, señor Vázquez. Es conocido su entusiasmo, que usted no ha ocultado, por una serie de señoras del mundo del espectáculo. Si usted viera pasar ante sus ojos, en la confianza de que nadie le ve, a Laura Antonelli, Jessica Lange, la taxista de "Todos rieron", de Bodganovich, y no menciona señoras del país para que nadie pueda acusarle de tratar de ligar aprovechando las páginas de INTERVIU, ¿qué les diría?

—Nada.

—¿Nada? Aunque fuera una cortesía asexuada. Por ejemplo: Parece que va a llover, el cielo se está nublando.

—Nada. Sería tan fuerte la impresión que no diría nada. Incluso es posible que les diera la espalda, indignado.

—¿Por qué?

—Porque no se puede ir por el mundo así, estando tan imponentes.

—Acaba de decir usted un piropo y en cualquier caso acaba usted de pensar como un piropeador.

—Ya sé que no tenemos remedio, que los hombres somos así. Pero unos convierten sus apetitos en agresiones y los otros los arrinconamos en la trastienda del cerebro. Yo no me fio de nadie, ni de mí mismo, pero al menos prefiero que la gente disimule con educación. La gente sincera suele ser inaguantable.